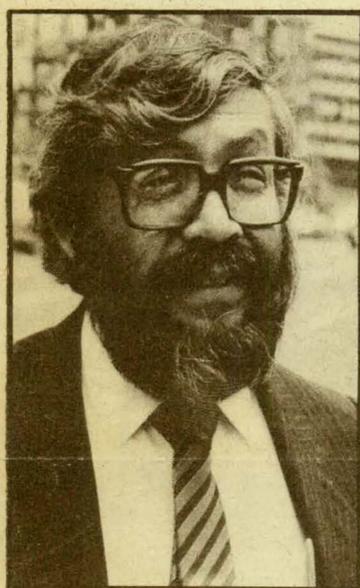


# Hidalgo: NO

# A La Impunidad

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

1º / VII / 87



Si no fuera porque se han perdido vidas y otras están en riesgo, no valdría dedicar nuevo espacio a poner en relieve lo que hace un pequeño grupo de poder ilegítimo en Hidalgo. En el fondo es tedioso narrar las malandanzas de esa gavilla, porque se repiten a sí mismas, y porque hasta ahora el gobierno del estado, que es el primero obligado, y debería ser el primero interesado en hacerle frente, lo hace a medias. Pero el asunto importa a todos, y no sólo a los hidalguenses, porque representa uno de los peores males nacionales: el que un grupito pueda hacer y deshacer a su antojo, por encima de la legalidad y del interés general.

El viernes 12 de junio el diputado Sabás Salinas González andaba de fiesta. No era para menos: miembro

de la legislatura local, ostentaba también la secretaría general del sindicato de trabajadores al servicio de los poderes del estado. Y, sobre todo, tenía la confianza del hombre fuerte del grupo al que pertenece, Gerardo Sosa, que le había confiado el liderazgo de ese gremio, mientras Sosa se desempeña como verdadero rector de la Universidad hidalguense, aunque tenga el nombramiento de secretario general. El nuevo gobierno, que se inició el primero de abril, había tenido que entregar tres diputaciones a integrantes de ese grupo, y en estos días formalizaba el nombramiento como subprocurador de un miembro sobresaliente de la pandilla, hasta hace poco director del Instituto de Ciencias Sociales, donde se estudia derecho y administración pública. Todo el mundo sabe, en Pachuca, que no se puede ostentar un cargo de ese rango en la administración universitaria si no se pertenece a ese grupo, o se cuenta con la bendición de quien lo encabeza.

De modo, pues, que había motivos para celebrar. Y el diputado Salinas los aprovechó. En compañía de amigos disfrutó una prolongada comida; ya entrada la noche, fue a El cliché, un bar del que le pidieron que se retirara, porque su estado ya no le permitía permanecer allí en orden. Y entonces el legislador local y dirigente sindical, y sobre todo hombre de las confianzas de Gerardo Sosa, resolvió ir a Porky's, otro centro nocturno en Pachuca. Pero el establecimiento estaba cerrado, porque se realizaba allí una fiesta particular. Como diría Gonzalo N. Santos, esa era poca dificultad para un hombre de carácter y el diputado Salinas se hizo abrir el lugar, bebió allí otras copas y luego no está claro lo que sucedió. Dos hechos son inequívocos, sin embargo: que sacó la pistola y disparó; y que resultó muerta una de las asistentes a la fiesta, madre de siete hijos. El diputado Salinas, que quizá alegue haber estado ebrio, no lo mostró al haber huido, como lo hizo, con toda prontitud.

Otros miembros del grupo que domina la Universidad Autónoma de Hidalgo (a través de la Federación estudiantil, de la Secretaría General, de casi todos los cargos de dirección académica y administrativa y del sindicato) y que domina algunos enclaves de poder político (como el gremio burocrático y una federación de sindicatos municipales, algunas alcaldías y algunas diputaciones) han cometido homicidios y tropelías tan descomunales como incendiar un palacio municipal, o las oficinas de una agrupación rival. Pero no les ha pasado nada. En algún caso se inició un proceso penal, que no prosperó. Todo hacía indicar, por consiguiente, que la historia se repetiría. Pero no fue así. No lo fue parcialmente, al menos.

El lunes 15 se reunió apresuradamente la Cámara de Diputados local y desafió a Salinas, quien sin embargo no había sido detenido en el curso de la semana que entonces empezaba, acaso porque el Subprocurador recién nombrado está en buena posición para dificultar el trámite procesal, y porque el procurador César Vieyra, habilísimo para ganar un sitio en todas las administraciones hidalguenses, aun las encontradas entre sí, quizá no quiera entrar de cara abierta al enfrentamiento con la Federación estudiantil, y en general con la Sosa nostra. Un ejemplo de esa actitud ocurrió en la misma semana en que se inició la impunidad del exdiputado Salinas: Vieyra había nombrado director de Averiguaciones Previas a una persona cercana a él, y con experiencia en la materia. Pero para su desgracia, el nuevo funcionario entró en colisión con uno de los protegidos por la mafia referida, y se organizó una presión con plantones de grupos estudiantiles transportados en autobuses sustraídos del servicio público. El Procurador fue sensible a la presión e hizo renunciar a su colaborador.

La impunidad del exlegislador local no fue la única consecuencia del desafuero. El sindicato de trabajadores del gobierno estatal se quedó sin secretario general, porque así lo resolvió el antecesor del líder desaforado, el propio Sosa, fingiendo que un consejo de delegados había tomado la decisión. ¿Y quién creen ustedes que asumió el cargo vacante? ¡Pues el propio Sosa, a quien ahora el gobierno del estado no sabrá cómo tratar, si como rector verdadero de una institución formalmente autónoma o como su contraparte en los litigios laborales!

Unas semanas antes del desafortunado incidente que le hizo perder, temporalmente al menos (porque es previsible que si se le enjuicia la pena sea breve porque se alegue homicidio por imprudencia) la curul que apenas comenzaba a disfrutar, Salinas había encabezado un movimiento que casi puso en huelga al sindicato, en una acción que el gobierno de Hidalgo no permitió, sin considerar si acaso lesionaba intereses laborales auténticos, porque fue claro que se trataba de una presión con miras distintas a las propiamente sindicales. Ahora el encargado de ejercerla, y ya anunció que así lo haría, es el propio Sosa, que no se sabe si entró al cargo por efecto de la ofuscación; por que carezca de cuadros confiables en quienes delegar el puesto; o por un cálculo frío, que haría evidente lo que se sospecha: que no actúa solo, sino confiado en apoyos de los que hasta ahora ha tenido pruebas de eficacia.

Uno de esos apoyos, en el pasado reciente, que el gobierno federal hará bien en investigar, fue el exdirector de Seguridad, José Antonio Zorrilla. Aunque políticamente éste ha caído en desgracia, su infortunio no es tanto como para que se le cite siquiera para declarar en averiguaciones en que seguramente tendría algo que decir, como el asesinato de don Manuel Buendía y el proceso que se sigue contra exsubordinados suyos como Rafael Camo. Pero nadie osa tocarlo ni con una orden de presentación, lo que muestra la solidez de su posición, y por consiguiente mostraría también la de su antiguo aliado, el simultáneamente secretario general de la UAH y líder del sindicato de burócratas de la entidad.

Escribo estas páginas no sin temor. Por lo menos una vez antes en que me ocupé de estropicios causados a la sociedad hidalguense por este grupo, recibí amenazas. Y la verdad es que no me gusta ser su destinatario. El asunto en sí mismo me resulta desagradable. No es divertido poner en evidencia a un hombre metido en dificultades, como Salinas. Si se tratara sólo de alguien que en un rato de estupidez echa por la borda una carrera, me pesaría detenerme a describir su conducta. Pero es un deber hacerlo, porque de este episodio acaso resulte, por fin, un hasta aquí a desmanes que no se pueden seguir permitiendo y menos alentando.